

Ucrania: anhelo de paz

Para comprender cualquier guerra, y en concreto la guerra actual en Ucrania, conviene atender a los factores que la han puesto en marcha. No se trata de justificar, sino de comprender con la intención de proponer caminos para la paz teniendo en cuenta el punto de partida de los implicados en el conflicto.

Rusia y Ucrania tienen un acervo común: historia, cultura, tradiciones y, con un peso importante en el tema que nos ocupa, la religión ortodoxa. Para comprender lo que sucede hoy en Ucrania hay que remontarse a 2014, cuando el presidente prorruso Vladimir Janukovich fue derrocado por un golpe de Estado precedido por un movimiento de masas conocido como la *revolución del Maidán*. A raíz de este suceso, Rusia se anexionó la península rusófona de Crimea y promovió dos referendos en las zonas de Lugansk y Donetsk, de mayoría prorrusa, que se emanciparon de Ucrania. Durante ocho años, estos dos territorios han estado sumidos en una guerra que se ha cobrado 14.000 víctimas (bastante olvidadas por la opinión pública) y que ha contado con militares y paramilitares neonazis en las filas ucranianas. Moscú arguye, además, que los ucranianos cometieron un genocidio en el Valle del Don.

Por otra parte, en los países fronterizos de la Federación Rusa (Letonia, Estonia y Lituania) ha tenido lugar una progresiva militarización, acompañada de la adhesión de varias antiguas repúblicas comunistas a la OTAN (Polonia, Eslovaquia, Hungría, República Checa, Rumanía y Bulgaria). Moscú percibe la posible incorporación de Ucrania a la Alianza Atlántica como una "amenaza intolerable" para su

seguridad. Además, Rusia —a través de su presidente— dice sentirse engañada por los Estados Unidos, cuyo presidente prometió a Gorbachov que la OTAN nunca alcanzaría las fronteras rusas.

Muchos han señalado que estos intereses geopolíticos no están exentos de motivaciones económicas. Para Moscú es interesante hacerse con los recursos ucranianos: uranio, germanio, titanio, galio —vital para semiconductores—, manganeso, níquel, mercurio, caolines, 117 minerales de los 120 conocidos; un 55% de tierra arable en el país más extenso de Europa (600.000 km²) que le ha permitido constituirse en el granero del mundo por su producción de maíz, girasol, colza, soja, remolacha, frutas, verduras, piensos, etc. Otros recursos energéticos tienen un peso especial: gas, carbón, petróleo, hierro —hasta la invasión, 7^º productor mundial—, madera, las centrales nucleares, entre otros. La guerra también supone un pulso a Europa, que depende de Rusia para responder a sus necesidades energéticas.

Junto a las mencionadas cuestiones económicas y geopolíticas es preciso señalar las ideológicas. Putin señala que Rusia tiene la misión de “desnazificar” y desmilitarizar Ucrania. Tras este tipo de expresiones late la nostalgia por recuperar el poder que antaño tuviera Rusia y defender la identidad rusa ante Occidente.

La cuestión religiosa está íntimamente emparentada con esta deriva ideológica de Putin. Kirill, el patriarca de Moscú, legitima la importancia de que Rusia luche contra “las fuerzas del mal”, encarnadas en la decadencia moral de Occidente (buen ejemplo de ello es la cruzada ideológica que el patriarca ha emprendido contra lo que denomina “el lobby gay”). A su vez, el presidente ruso se apoya en la identidad ortodoxa de su país como excusa para la unidad —forzosa— con Ucrania. Podría decirse que el patriarcado de Moscú es el brazo espiritual del nacionalismo ruso de Putin. Esto no deja de sorprender, teniendo en cuenta que, hace unas décadas, la Rusia soviética fue extremadamente violenta con la religión ortodoxa, sus líderes y referentes. Quizá el hecho de que Rusia haya asumido *de facto* un sistema capitalista le ha hecho necesario recurrir a otro as-

pecto para marcar la identidad nacional, que ya no es el de la economía centralizada (o al menos no como antes), sino el de mantener los valores tradicionales asociados a la religión ortodoxa.

La vertiente religiosa del conflicto añade complejidad a la situación, puesto que en Ucrania hay muchos fieles ortodoxos vinculados al patriarcado de Moscú, mientras que otros están afiliados a la Iglesia Ortodoxa de Ucrania, que se independizó de Moscú en 2019 tras ser reconocida por Bartolomé I, patriarca de Constantinopla y líder ecuménico de las Iglesias ortodoxas. El patriarcado de Moscú no solo no reconoce a la Iglesia Ortodoxa de Ucrania, sino que, además, rompió con Constantinopla tras este suceso.

Ante este estado de cosas cabe preguntarse: ¿qué era antes, los intereses geopolíticos y económicos, o la ideología nacionalista? ¿Cuál de los dos polos es la causa real del conflicto? Sea como fuere, conviene no infravalorar la cuestión ideológica, ya sea como causa o como herramienta utilizada por Putin para ganarse la confianza de su país. Muchos conflictos tienen su raíz en una cuestión identitaria.

Una guerra ilegítima

Con los principales antecedentes sobre la mesa surge la pregunta por la legitimidad o ilegitimidad de la guerra emprendida por Rusia contra Ucrania. Putin sostiene que se trata de una “operación especial” para proteger a las nuevas repúblicas independientes prorrusas (Lugansk y Donetsk) y a Rusia en general ante la militarización de la zona cercana a sus fronteras. Dicha defensa se ve motivada también por el supuesto genocidio que, según Moscú, Ucrania llevó a cabo en estas regiones. Kiev, por su parte, sostiene que el invocado genocidio no tuvo lugar y no habría, por tanto, necesidad de legítima defensa por parte de Rusia. Además, tanto Ucrania como la Unión Europea han denunciado la violación por parte de Rusia del derecho internacional, el atentado contra civiles y la falta de corredores humanitarios para evacuar a la población civil.

La reflexión sobre la justificación de la guerra es antigua y se remonta al derecho romano, con su diferenciación entre *ius ad bellum* (en qué casos se puede recurrir a la guerra) y el *ius in bello* (cuál debe ser la conducta de los beligerantes durante el conflicto armado). La tradición cristiana ha desarrollado esta cuestión ampliamente a lo largo del tiempo y, aunque con matices y variaciones, la idea principal ha sido que una guerra justa siempre debe ser defensiva, para restaurar la paz y que en ella se han de respetar una serie de condiciones relativas al *ius in bello* (por ejemplo, la protección de civiles). Desde este esquema resulta claro que Moscú ha incumplido el *ius in bello*, pero ¿qué sucede con el *ius ad bellum*? ¿Es realmente la guerra de Ucrania una guerra defensiva para encontrar la paz? ¿Acaso proteger dos regiones concretas pasa por bombardear y asediar a todo el país?

La postura actual del Magisterio católico puede arrojar luz sobre esta cuestión. Hace tiempo que se viene evitando la terminología de la “guerra justa” por la contradicción que supone entre los términos y la deriva hacia la violencia que este tipo de expresiones puede ocasionar. Ahora se habla más bien de “legítima defensa”, “injerencia humanitaria” o “seguridad compartida”, y se denuncian prácticas como la disuasión nuclear, la carrera de armamentos y la guerra preventiva (que el Magisterio rechaza por considerarla también una guerra ofensiva).

A este respecto, resultan clarificadoras las declaraciones del papa Francisco: “Ante la barbarie del asesinato de niños, de inocentes y de civiles indefensos, no existen razones estratégicas que lo justifique”; “En el pasado se hablaba también en nuestras Iglesias de guerra santa o de guerra justa. Hoy no se puede hablar así. Se ha desarrollado la conciencia cristiana de la importancia de la paz”; “Las guerras son siempre injustas porque quien las paga es el pueblo de Dios. Nuestros corazones no pueden no llorar ante niños, mujeres asesinadas, ante todas las víctimas de la guerra. La guerra nunca es el camino”.

Así pues, esgrimir razones para la guerra no significa que sea legítimo emprenderla. Además, desde este punto de vista también hay que preguntarse por la justificación de las medidas económicas que Occidente está utilizando como contraofensiva. Es la primera vez en la historia que se responde ante una invasión con armamento convencional con medidas económicas y financieras para lastrar la economía de guerra del invasor. Hay quienes dicen que las sanciones que los países occidentales han impuesto a Rusia hacen las veces de misiles. Con todo, la idea no es del todo nueva. Ya Kant proponía el comercio como medio para fomentar la paz entre los pueblos.

En cualquier caso, aunque la guerra comercial parece más benigna que los misiles, tiene unas repercusiones graves sobre la población civil, no solo en Rusia, sino también en los demás países. Para bien o para mal, en un mundo globalizado lo que sucede en un lugar nos afecta a todos.

La consecuencia: el sufrimiento de millones de personas

Intentar comprender el conflicto y preguntarse por su legitimidad no debe hacernos olvidar algo esencial: son muchas las personas que están sufriendo a causa de esta guerra. Hay muchos muertos y heridos, y más numerosos aún son los desplazados de su hogar por la invasión rusa. Según ACNUR, ya han huido de Ucrania casi cinco millones de personas y siete millones permanecen desplazadas dentro del propio país hasta el momento.

La opinión pública occidental ha sido unánime al denunciar la invasión de Rusia y mostrar su apoyo al pueblo ucraniano. La sociedad civil se ha movilizado a través de distintas vías para prestar ayuda a Ucrania (donativos económicos, envío de bienes a los refugiados, apoyo a las ONG que están interviniendo en la crisis humanitaria, etc.); los Estados han apoyado la acogida a las personas ucranianas que piden refugio; los medios de comunicación muestran apoyo incondicional a Kiev, etc. No obstante, estas

muestras de solidaridad no están exentas de problemas, como la falta de organización, o el peligro que suponen las mafias que se aprovechan de la situación.

Por otra parte, no han faltado voces críticas ante este ímpetu solidario de Occidente. No niegan el valor de la solidaridad ni la necesidad o la pertinencia de ayudar a la sociedad ucraniana ante el ataque que está sufriendo. Lo que se pone en entredicho es la diferencia de criterios entre la gestión de este conflicto y la de conflictos anteriores.

Un ejemplo especialmente claro es el caso de Siria. Cuando en 2015 casi un millón de personas llegó a las fronteras de la Unión Europea —el mayor éxodo de personas desde la Segunda Guerra Mundial—, la reacción de Europa fue muy defensiva. La opinión pública apeló al pragmatismo, arguyendo que no era posible acoger a todo el mundo. No faltaron, incluso, retóricas estigmatizadoras sobre el origen musulmán de los desplazados, el peligro de entrada de terroristas o la supuesta invasión de Europa por parte del mundo árabe. En la práctica, la UE incumplió sus acuerdos de acogida (exceptuando en un primer momento a Alemania, que posteriormente se sumó a la reserva de los demás países), reforzó la policía de fronteras y dejó a muchas personas viviendo en condiciones indignas en campamentos que hoy perviven. Resulta interesante que a los desplazados venezolanos se les abriera la posibilidad de solicitar permisos de residencia y trabajo, pero no a sirios ni iraquíes. Tampoco se les proporcionaron corredores humanitarios.

Los datos hablan por sí mismos: las políticas europeas han sido y son selectivas con respecto a la procedencia de las personas que solicitan asilo político. Resulta complicado analizar el porqué de estas diferencias. Los prejuicios, los intereses políticos, e incluso los factores raciales, religiosos, étnicos y emocionales (sobre todo atendiendo a cómo se maneja la información en los medios de comunicación) tienen su peso en ello.

Una llamada al discernimiento para construir la paz

La situación que está viviendo Ucrania hace que todos anhelemos la paz: el propio pueblo ucraniano, los demás países y también Rusia. Todos queremos la paz, pero con nuestras condiciones, protegiendo nuestros intereses. Para resolver este conflicto es fundamental discernir cómo gestionar los acuerdos geopolíticos entre las distintas potencias, la crisis de refugiados y la situación económica en la que estamos inmersos.

No se trata de justificar, pero tampoco de encontrarse en la propia postura. Sin caer en la trivialización de la guerra emprendida por Moscú —que sin duda es grave—, solucionar el conflicto ha de pasar por intentar abordar las causas que lo originaron. Sin planteamientos racionales y justos que miren a largo plazo e intenten restablecer el equilibrio internacional, difícilmente se solucionará la contienda de manera satisfactoria.

Occidente hace bien en apoyar a las víctimas y denunciar las violaciones de los derechos humanos que se están dando. Que en esta ocasión haya una perspectiva más abierta y acogedora hacia los refugiados es algo positivo. El reto es que este cambio de criterio y esta explosión de solidaridad no se queden en un momento aislado, sino que nos ayuden a optar explícitamente por este tipo de actitudes ante los conflictos, dejando a un lado la indiferencia y la comodidad y abriendo espacios de diálogo sobre estas cuestiones.

Por otra parte, el objetivo no debe ser únicamente acabar con esta guerra. La paz no es sólo la ausencia de guerra, sino la relación de armonía, cooperación y solidaridad entre todos los pueblos. Y ese tipo de relación hay que construirla con paciencia y esfuerzo. Para ello hay que empezar por una crítica constructiva hacia uno mismo: como nación, ¿estamos construyendo la paz con las demás naciones, o bien obedecemos a intereses egoístas que generan injusticia, aunque no hayamos invadido militarmente a nadie? Como personas, ¿construimos una sociedad mejor, en la que nos preocupamos por la paz con el prójimo, o prima nuestro propio beneficio? ¿Recurrimos

a la imposición y a la fuerza —verbal, psicológica, incluso física— para solucionar los problemas, o creemos de verdad en el diálogo?

Que todos seamos injustos no impide que tengamos que condenar la injusticia ajena, en este caso la de Rusia; pero condenar la injusticia del otro supone también revisar la propia. De lo contrario, nuestra crítica será superficial. Lo mismo puede reprochársele a Moscú: emprender una guerra injusta, atentar contra población civil y reprimir todas las voces críticas que se alzan contra la política de Putin dentro de su propio país, todo ello acompañado de un discurso que no reconoce ninguno de estos hechos y que utiliza eufemismos para hablar de sus acciones, supone una gran frivolidad y no tiende puentes para que los demás países atiendan a sus solicitudes.

No solo anhelamos la paz en Ucrania y en el mundo, sino que además la necesitamos. Es fácil mostrarse de acuerdo con que la paz es el camino, pero ¿estamos dispuestos a construir una cultura de paz, con todo lo que ello implica? ■